

Pobre gaban le cubre: su talante
Grave y augusto en su favor previene.
Encorvado su cuerpo hácia adelante
Vacila á cada paso: apenas tiene
Ya un cabello en la sien: albas las cejas,
Albas son de su barba las madejas.

LXXVI.

“¡Oh náufrago infeliz! quien quier que seas
(Desde lejos le grita), ven conmigo,
Y si un amigo en tu aficcion deseas,
Bien puedo el nombre merecer de amigo:
Así jamas en el horror te veas
De que hoy la tempestad te ha hecho testigo,
Que á mi cabaña vengas, do el consuelo
De la hospitalidad calme tu duelo.”

LXXVII.

Así diciendo el venerable anciano
Que un náufrago en Pelayo ver creia,
Al héroe se acercó, con mas liviano
Curso que prometer su edad podia,
Y afectuoso apretándole la mano,
“Sigue, sigue mis pasos, le decia.
Todo me lo quitó la guerra infanda,
Mas no la compasion pasible y blanda.

LXXVIII.

“Mis hijos, mis amores, todo, todo
Lo arrebató cruel: ¡y España aun gime!
¡Y á triste yugo condenado el godo
En vano ha sido su valor sublime!
Perdona, oh jóven, si de aqueste modo
La pena espreso que mi pecho oprime:
Mis infelices hijos perecieron,
Y nuestros grillos ¡ay! no se rompieron.”

LXXIX.

“Ellos se romperán, no, no lo dudes,
Pelayo le responde: enfrena el llanto,
Que junto con tus ínclitas virtudes,
¡Oh triste viejo! te ennoblece tanto:
Tal vez el dia llega en que saludes
Al gran restaurador: del cielo santo
¿Quién sabe si el poder un brazo anima
Que al mísero español salve y redima?

LXXX.

“No en vano en Guadalete perecieron
Tan ínclitos varones; yo lo juro:
No en vano audaces á morir corrieron
Tus caros hijos en combate duro.
Ellos con rojo humor fecunda hicieron
La tierra que á brotar el lauro puro

Se apresta mas y mas. Si hora vivieran,
¿Qué espacion los crímenes tuvieran?

LXXXI.

“¿Quién la celeste cólera aplacara,
Cuyo peso fatal nos oprimia,
Si el holocausto fiel no se aceptara
De tanto justo que morir debia?
¡Oh fuertes compañeros que en el ara
Sacrificásteis de la patria mia
Vuestro noble vivir! Hoy en el cielo
Astros sois de fortuna al patrio suelo.

LXXXII.

“Mas tú mi ardiente exaltacion perdona,
Desconsolado anciano, y dime, dime:
¿Quiénes los hijos son de que blasona
Tu pecho fiel que lastimado gime?
¿Qué clima te dió el ser? ¿quién ocasiona
Tu triste lamentar? ¿cómo el sublime
Corazon de que el cielo te ha dotado
La desmayada ancianidad no ha helado?

LXXXIII.

“Que por mas que á retiro te condenas
Por hallar en los campos tu sosiego,

Tus palabras, señor, tus mismas penas
Te desmienten de rústico y labriego:
Abreme el corazon, y si es que ordenas
Que mi historia infeliz preceda al ruego,
Contártela sabré: tal vez se asombre
‘Tu ardiente pecho al escuchar mi nombre.’”

LXXXIV.

“¿Qué energía, gran Dios! dice el anciano:
¿Cómo contrasta con su pobre arreo
Su patriotismo audaz! ¡oh cielo insano!
¿Oh memoria infeliz! En él los veo:
Tales eran los míseros que en vano
Siempre por olvidar lucha el deseo.
¿Fandila, Ruremundo, hijos queridos,
En noche eterna por mi mal sumidos!

LXXXV.

“Sus nombres sabes ya: sabrás la historia
De su padre infeliz; mas si por suerte
Los conociste tú, si es que con gloria,
Cual la fama esparció, no fué su muerte;
No me lo digas por piedad, notoria
No sea á un infeliz pena tan fuerte:
Y escucha y calla, y mi ilusion querida
Dure al menos feliz lo que mi vida.

LXXXVI.

“Pero ya del cenit el sol nos baña,
Y el calor nos agobia: amigo, andemos,
Que cerca ya descubro mi cabaña
Do lugar mas propicio encontraremos.”
Y era así, pues al pié de una montaña
Que en el cielo escondia los supremos
Picos al parecer, un amarillo
Techo se via rústico y sencillo.

LXXXVII.

A un mismo tiempo del Abril la risa
Y del sañudo invierno los enojos
Allí el atento observador divisa,
En grata suspension fijos los ojos:
Nieve los montes en su cumbre lisa,
Flores el valle en plácidos despojos
Ostentan á la vez, y el alma goza
De alegre variedad, y se alboroz.

LXXXVIII.

Dos colinas graciosas que el amante
Mirar no puede sin latirle el pecho,
Pues la imájen le ofrecen al instante
De otras colinas que el amor ha hecho;

El mar que entre las dos se ve distante,
El suspiro ardentísimo y deshecho
Del triste ruiseñor que se querella,
El céfiro amador, la fuente bella;

LXXXIX.

Todo incita á gozar, todo enamora
En este valle delicioso y grato:
Hasta el albergue do el anciano mora
Bello se ofrece en carecer de ornato:
Una rubia y bellissima pastora
Venia entonces conduciendo el hato,
Huyendo del calor á otra guarida
Donde el grato frescor tiene acojida:

XC.

Mas viendo que el anciano se acercaba,
A saludarle corre; y bien que quiera
Darle el abrazo fiel que acostumbraba,
En el jóven repara, y se modera:
El pudor que su rostro hermoseaba,
Su traje, que aunque limpio toseco era,
Su tímido ademan, todo decia
Pastora ser cual simple prometia.

XCI.

Pero el abrazo tierno que reprime
Su condicion desmiente y rudo traje,

Y otra cuna denota mas sublime
Y superior al rústico linaje:
Que al fin cuando se alegra y cuando gime,
Cuando muestra aversion, cuando homenaje,
Siempre la dama al disimulo llama,
Siempre la dama se descubre dama.

XCII.

Pero Pelayo, que sagaz respeta
Los ocultos motivos que haber puede,
Cubre tambien su observacion discreta,
Y á la ficcion y á la apariencia cede:
Y semejante á aquel que se sujeta
(Rara vez en verdad; pero sucede)
A tratar como igual al soberano
Que el cetro del país tiene en su mano;

XCIII.

Y ora, depuesto el esplendor, visita
Su estado como simple caballero,
Y acá ataja un desman, allá una cuita,
Premiando acaso, ó castigando fiero:
El cortesano su homenaje evita
Hablando cual lo haria á un compañero,
Y esto no quita que respete y tema
Al que se adorna de real diadema:

XCIV.

Tal Pelayo con ella esteriormente
Llano se muestra y llámala pastora,
Por mas que le tribute allá en su mente
La atencion y los fueros de señora:
Cuando el anciano su afliccion le cuente,
De su homenaje llegará la hora;
Pero entre tanto calla, y toma asiento
En la cabaña del amigo atento.

XCV.

“Esta debiera ser, el viejo dice,
Hija mia tambien. ¡Pobre doncella!
No pudo ver premiado su infelice
Siempre constante amor.”—Y luego á ella:
“En el redil que con mis manos hice,
Mientras dura el calor, Arlinda bella,
Descansará el ganado: es necesario
Mostrar despues tu genio hospitalario.”

XCVI.

Dice; y Arlinda, que llorar queria,
Se aleja de los dos, y cruza el valle,
Mientras con un pellico se atavía
Pelayo, que el anciano acertó á dalle:
El húmedo vestido que traia
Depone el campeon, y el nuevo talle

Su juventud realza en tal manera,
Que por rústico dios pasar pudiera.

XCVII.

“Y bien, señor, esclama, deseando
El rato aprovechar: ¿vive por suerte
El magnánimo Alfonso, el miserando
Pelayo de Cantabria y Téudis fuerte?
¿Vive Azasuldo aún? ¿vive Guntrando,
El padre de Acaredo, ó yace inerte?
Si viven, ¿cómo gime todavía
La triste España en servidumbre impía?”

XCVIII.

“Si la tumba fatal los ha tragado,
¿Cómo estos montes que la mar encierra
De la mora opresion se han libertado,
Cuando en Pirene mismo arde la guerra?
Porque sabed, señor, que acá enviado
Por el ínclito Eudon, la gala tierra
Dejé tres dias há para informarle
De las cosas de España, y cuenta darle.”

CXIX.

“Y sobre todo, el cargo he recibido
De hablar á Pedro, al ínclito y valiente

Padre de Alfonso; y cuando ya embebido
Iba á saltar en la region presente,
De súbita tormenta acometido
Perdí mi nave y esforzada gente:
Solo conmigo compasivo el cielo
En medio se mostró de tanto duelo.”

C.

Así le dice, sondear curando
Con tal ficcion su pecho.—“Bien quisiera
Informarte mejor del godo bando,
Responde el viejo, pero en vano fuera.
Los ínclitos varones que luchando
Indecisa á lo menos la lid fiera
Supieron sostener, han perecido,
Y en el seno de Dios se han escondido.”

CI.

“Solo ha quedado la ignorante plebe,
De la ingrata nobleza abandonada,
Que ni siquiera á murmurar se atreve
De esclavitud tan fiera y tan pesada:
La discordia fatal es la que aleve
Tiene mas bien la patria esclavizada,
Que el furor musulman: fácil nos fuera
Resistirle tal vez, si union hubiera.”

CII.

“Pero ¡duro rigor! murió Pelayo,
El único tal vez que hora podría
A todos despertar del vil demayo
Que nos entrega á la coyunda impía.
Murió Téudis tambien, murió aquel rayo
De la guerra Azasuldo: todavía
Vive el padre de Alfonso.... mas los viejos
¿Qué podemos ya dar sino consejos?”

CIII.

“En vano Alfonso dirigióse á Asturias
A alentar los valientes que no existen:—
“Dios nos entrega á las impías furias....
“¿Qué fuerzas, qué recursos nos asisten?”
Tal respuesta no mas, tales injurias
De los cobardes que la lid resisten
Indignado escuchó: Munuza vino,
Y ocupada Gijon cedió al destino.

CIV.

“Nada se sabe de él, nada se sabe
De la triste ciudad á saco entrada,
Sino que una muger contuvo el grave
Rigor del moro y faribunda espada:
Hormesinda, señor, pudo suave,
Ante Munuza en lágrimas bañada,

Amansar el leon que atroz rujia,
Y esterminio á su gente prometia.

CV.

“¡Oh hermana de Pelayo! ¡Oh de su aliento
Y de su gran valor emuladora!
Tuya la gloria es; tu solo acento
Pudo mas que la espada matadora:
Si el cántabro país se mira exento
De la opresion que á los demas devora;
Si el moro su furor de nos retira
Y á la conquista de la Galia aspira;

CVI.

“Si al invasor la enfermedad se pega
De la discordia nuestra finalmente,
Y en sed de sangre y de conquista ciega
Tambien comienza á dividir su gente;
A tí se debe, á tí, nadie lo niega,
Este feliz y plácido incidente,
¡Oh hermana de Pelayo! Dividido,
Aun puede el musulman quedar vencido.

CVII.

“Pero perdona, heraldo: confesemos
Que el mismo Eudon aprovechar no supo

Los males que nosotros padecemos,
Pues igual division tambien le cupo.
¿Por qué razon en lances tan extremos
No se ha unido á Martel? Mas yo me ocupo
En censurarle audaz, y él por ventura
Conoce el mal, y remediarlo cura.”

CVIII.

Dice; y Pelayo á sus palabras queda
En un mar de discursos sumerjido:
¿Quién puede ser el viejo que le hospeda,
Tan valiente, sagaz y comedido?
¿La ocasion oportuna, hermosa y leda
De sorprender al moro adormecido,
A su hermana se debe! ¡Oh cuánto, cuánto
Ignoraba el que fiel la adora tanto!

CIX.

Ya en esto presurosa aparecia,
Arlinda por la falda de un gran cerro,
Y fingiendo el placer que no sentia
Tornaba acompañada de su perro:
Una cabra tambien que el aire heria
Con la voz de su rústico cencerro
Acompaña á la infelice dueña,
Que en vano quiere aparecer risueña.

CX.

De complacer al jóven cuidadosa
Solamente se muestra, y llena un tarro,
Que la leche no dá menos sabrosa
Porque sea de pobre y frágil barro:
Alárgalo con mano temerosa
Primeramente al campeon bizarro,
Que en su interior padece, al ver servida
Por mano tal la cándida bebida.

CXI.

A su padre en amor lo ofrece luego,
Y ella bebe despues: luego suceden
Castañas que saltaron en el fuego,
Con otras frutas que guardarse pueden:
El vino ardiente, fervoroso y ciego
El banquete corona, á quien conceden
El último lugar por ser escaso,
Y en torno rueda el espumante vaso.

CXII.

Hasta Arlinda su labio peregrino
Lleva el licor que le parece odioso:
Pero á los ruegos cede con que fino
Pelayo la importuna fervoroso:

El brándis, tan antiguo como el vino,
Suena tambien alegre y bullicioso,
Dejándose escuchar mientras se hacia
Mas de una vez tu nombre, ¡oh patria mia!

CXIII.

Levántanse tras esto, y obedientes
A la voz del anciano venerable,
Visitan cien lugares diferentes
Que algo ofrecen de nuevo ó de notable:
“Este mi aprisco es, do aunque no cuentes
(Así dice á Pelayo en tono afable)
Sino diez cabras solas, me hace rico,
Pues me brinda con paz, leche y pellico!

CXIV.

“Ese bello raudal que el valle riega
A mí su curso debe: aquellas flores
Mi mano las plantó: la misma vega,
Yerta sin mí, perdiera sus verdores.
No he plantado, es verdad, ni á tanto llega
Mi presuncion, los árboles mayores;
Mas si ingertos se ven y el fruto mueven
Que ellos por sí no dan, á mí lo deben.

CXV.

“Yo trasladé del rio á esa laguna
Los pececillos que en mi red cayeron:

Yo la maleza ahogué, triste, importuna,
Que los incultos bosques produjeron:
No se halla objeto, en fin, no hay cosa alguna
De cuantas á tu vista se ofrecieron,
Que no me deba la existencia y vida,
O mirarse á lo menos protegida.”

CXVI.

Luego, cambiando de espresion y tono,
“Mira, le dice, prorumpiendo en llanto:
Aquí mi esposa yace, aquí el encono
De la parca fatal cierra mi encanto.
¿No bastaba que en mísero abandono,
Condenado á la angustia y al quebranto
Mis hijos me dejasen, que aun mi esposa
Del todo mi ilusion robó engañosa?

CXVII.

“Ya solo por Arlinda se sostiene
Mi insoportable vida: ¿pues qué fuera
De esta infeliz en soledad perenne,
Si un dia aqueste viêjo falleciera?...”—
Dice, y la jóven que á su cargo tiene
Del anciano calmar la pena fiera,
“Y yo vivo por vos, llorando dice,
Y solo en ver penar soy infelice.

CXVIII.

“Templad vuestro dolor, templadlo ¡oh padre!
Que si es ley el morir, mentar la muerte
Pernicioso será: cuando le cuadre
Descargará en los dos su brazo fuerte:
Un mismo día al hijo y á la madre,
Y al hermano infeliz que yace inerte,
Juntos y unidos bien cual hoy nos vemos,
Yo lo espero, señor, visitaremos.

CXIX.

“Pero entre tanto, sed feliz; vivamos
Soportando el dolor.”—“Yo soportara
Un destino peor que el que arrostramos,
Responde el viejo, y mi valor mostrara:
Pero al ver que proseritos nos hallamos,
Al ver que de mi honor la lumbre clara
La calumpnia empañó, no hay sufrimiento
Que soporte mi mal y mi tormento.

CXX.

“No le hay ¡oh jóven! ¡Y si atento agora
Mis desgracias escuchas, no lo dudo,
Compasion me tendrás: sigilo implora
Tan solo mi dolor insano y crudo.

Cuando llegue feliz mi última hora,
Y el golpe en mí descargue acerbo y rudo,
Revela mi secreto; pero en tanto,
Vierta yo oculto mi importuno llanto.”

CXXI.

Esto diciendo, vaciló un instante,
Como quien teme referir su historia,
O recordar la herida palpitante
Que algun hecho recuerda á su memoria:
Una lágrima ardiente á su semblante
Tras esto se asomó, prueba notoria
De su dolor insano; y dió un gemido,
Y en derredor mirando entristecido,

CXXII.

“Esa tumba, prosigue, do guardados
Yacen los restos de mi santa esposa;
Esos cipreses tristes y enlutados,
Que entrada niegan á la luz hermosa;
Esa adelfa que ves, esos ajados
Lirios que cubren la funesta losa;
Esa cruz, ese Dios grande, infinito,
Van á escuchar la historia del proscrito.

CXXIII.

“Veraz, veraz seré: yo te lo juro
Por tan santos objetos á mi idea,

Y no puede mentir ni ser perjuro
Quien, como yo, decrépito se vea:
Ni la insana ambicion, ni el oro impuro,
Ni el trono que halagüeño centellea,
Ni el favor de la plebe siempre incierto
Fascinarán mi voz: á todo he muerto.

CXXIV.

“Padre soy de Julian, del que ha perdido
A mi patria infeliz.”—Aquí llegaba,
Cuando Pelayo vivamente herido
Del modo mas ajeno que esperaba,
“¡Cómo, señor! esclama entristecido:
¿Será posible que la suerte brava
Aquí la triste ancianidad encierre
Del claro Edmundo, y mi ilusion no yerre?

CXXV.

“¿Será posible, ¡oh Dios! que España impía
Persiga como á pérfido enemigo
Al que por bueno y fiel honrar debía,
La frente ornando de laurel amigo?
¡Oh siempre desdichada patria mia!
Si al que debes premiar le das castigo,
¿Cómo es posible el triunfo? ¿Cómo esperas
Romper un dia tus cadenas fieras?

CXXVI.

“Mas tú, Dios mio, que lo puedes todo,
Haz que este yerro el postrimero sea;
Haz que esta mancha que envilece al godo
Nunca, ya, nunca, repetir se vea:
Y vos, Edmundo, á quien el vil apodo
Con que mi patria vuestro nombre afea
Pelayo de Cantabria nunca ha dado,
Pelayo que os escucha entusiasmado,

CXXVII.

“Seguid, seguid el hilo interrumpido
De vuesa historia, deponiendo el llanto:
Pelayo es quien os presta atento oido;
Pelayo calmará vuestro quebranto.”
—Dice; y cual suele el trueno en su ruido
Cubrir á un tiempo de placer y espanto
Al que á la lluvia juntamente atiende,
Y al rayo asolador que se desprende;

CXXVIII.

No de otro modo á nombre tan grandioso
Espantados los dos al pronto quedan,
Aun trasluciendo el cambio venturoso
Que acaso recibir sus males puedan.

“¡Pelayo! dice Edmundo: ¿con que hermoso
El estandarte patrio ya no vedan
Los cielos levantar? ¿Pelayo vive,
Y mi humilde cabaña le recibe?

CXXIX.

“¡Oh momento feliz! ¡Oh instante bello
Y el mejor de mi vida! ¡Ah, deja, deja
Que con mis brazos te circunde el cuello,
Y el gozo espese que mi pecho aqueja!
¡Pelayo vive aún! Tiemble al sabello
El fiero musulman: Dios se le aleja,
Dios que hasta agora permitió al impío
Sobre España ejercer su poderío.”

CXXX.

Así diciendo, en su placer le abraza,
Semejante al insano que delira,
Y sigue en sus extremos sin dar traza
De calmarse en el gozo que respira:
Pero por fin su cuello desenlaza,
Y los estrechos vínculos retira,
Y sentado otra vez, de esta manera
Vuelve á anudar su historia lastimera....

EL ROMANTICISMO.

(LEIDA EN EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO.)

Tomad en vuestra mano,
De metal que resista á la fractura,
Barra dócil y elástica, aunque dura,
Que apoye firme en resistente plano:
Intentad doblegarla
Haciéndole sentir la fuerte prueba
Del gran vigor que vuestro brazo lleva;
Y si quereis en arco trasformarla,
En arco la veréis; no hay quien lo vede:
Insistid; cede aún: con fuerza nueva
Insistid otra vez; otra vez cede.
¡Mas ay! que el brazo resistir no puede
La fiera reaccion: ya desmayado,
El esfuerzo anterior mira perdido:
La barra con horrisono chasquido
Irguese entonces y resalta airada,
Y al ímpetu funesto
El brazo rompe que la asió, y rompido,
Tal su vigor al recobrase ha sido,
Que ella misma se encorva al lado opuesto.

Así los pueblos de la tierra; insanas,
Así tal vez las míseras naciones.